

ta todo el argumento del libro. En él se pone de relieve el cristocentrismo agustiniano, que nos muestra el texto sálmico como la voz de Cristo y de la Iglesia; o para decirlo con palabras más abarcales: *Vox totius Christi*.

El cuarto capítulo, *Canticum civitatis aeternae*, nos ofrece la perspectiva escatológica de los Salmos, según el pensamiento agustiniano. Aunque existen diferencias entre la *Ecclesiae deorsum* y la *Ecclesia sursum* hay un nexo claro entre ambas, y, sin duda, los Salmos son un testimonio muy expresivo de la vida eterna.

El volumen termina con unas conclusiones y un apéndice en el que se presentan unas tablas señalando la fecha y el lugar de las diferentes *Enarrationes*. A todo esto hay que añadir una selecta bibliografía y unos índices de lugares bíblicos, obras antiguas, autores modernos, conceptos, personas y cosas.

El libro nos parece interesante y, como rasgo sobresaliente, señalaríamos el método exegético de acceso a los textos agustinianos, como presupuesto inicial para toda ulterior determinación teológica o espiritual. También nos ha llamado favorablemente la atención la amplitud de la bibliografía utilizada, que no se limita al mundo de lengua alemana y en donde aparecen igualmente trabajos de autores de habla española.

D. Ramos-Lissón

Jesús MESTRE I GODES, *Els primers cristians. Del Divendres Sant (any 30) al Concili de Nicea (any 325)*, Edicions 62 («Llibres a l'Abast» 300), Barcelona 1997, 401 p.

Estimulado, sin duda, por el éxito bien merecido de sus libros anteriores, y en concreto los que trataban de los cátaros, y los templarios, en los cuales el autor —aún señalando las distancias que lo separan de ellos— se ha sabido identificar con los personajes, ha abordado el tema que da título a éste. Se ha lanzado a recrear la época de los primeros cristianos, que

sitúa, de manera convencional, entre el momento de la muerte de Cristo en la Cruz, en el umbral de una expansión que se manifestará a partir de Pentecostés, y un límite posterior, que coloca en el 325, momento del Concilio de Nicea, en la época de Constantino, inmediatamente después del edicto de Milán, que da la libertad de la Iglesia, y con el cual se acaban las persecuciones cruentas de los primeros siglos. Es explicable que el afecto del autor por los protagonistas de sus estudios sea todavía mayor en el presente libro, ya que puede conocerlos mucho mejor, porque es un hecho que la literatura histórica y ascética sobre la vida de las iglesias y de los cristianos de los primeros siglos es mucho más abundante que aquella de que disponía para los otros temas, y ordinariamente, como dice el viejo aforismo filosófico, el amor sigue al conocimiento.

El autor ha sabido sacar partido de la lectura detallada de los libros del Nuevo Testamento, y en particular, de los Hechos de los Apóstoles y de las epístolas de san Pablo, de las obras de los padres apostólicos y apologistas, y de las de historia general y eclesiástica, como la de Eusebio de Cesarea, que cita con especial atención.

Pensando en el amplio abanico de lectores a quienes la obra va destinada, es lástima que preste demasiada atención a opiniones particulares de algunos especialistas, que no son más que hipótesis, y que, sin motivos suficientes, sitúe la redacción de diversos libros del Nuevo Testamento en una época muy tardía —como en el caso de la segunda epístola de Pedro—, o considere de autor desconocido, otros libros, como los evangelios, algunas epístolas de Pablo —Colosenses, Efesios o las llamadas Pastorales— o las de Pedro y Juan, y Santiago y Judas, de manera que quede así desvanecida la atribución a unos autores determinados, que parecerían eclipsados ante la comunidad con la que se relacionan. Esto aparece, sobre todo, en la cronología de los escritos cristianos que se ofrece al final del libro, para la cual el autor ha contado con alguna colaboración; y en diver-

sas referencias a las opiniones de algunos es-
crituristas, que no son precisamente las más
corrientes entre los especialistas católicos.

Con una notable habilidad, Jesús Mestre
va combinando los datos que resultan de los
Hechos de los Apóstoles y de las epístolas de
Pablo para trazar los itinerarios de los viajes
paulinos, y describir los diversos ambientes.
Con todo, por aquellas hipótesis no probadas
sobre la genuinidad de algunas epístolas, o so-
bre la época de redacción, como sería el caso
de las llamadas de la cautividad, se distorsiona
algún comentario. Es un acierto la manera de
subrayar el papel de las mujeres en la difusión
de la fe de Cristo y el tono de familiar cordiali-
dad que caracteriza la convivencia de los pri-
meros cristianos.

Por más que el autor diga modestamente
que no es su cometido estudiar los aspectos
doctrinales de esta historia, porque no se consi-
dera preparado para ello, lo hace a menudo
muy bien. En ciertos temas consigue profundi-
zar en la relación entre doctrina y vida; así al
tratar del arrianismo, e intentar hacer un retrato
de Constantino, si bien al señalar la significa-
ción de éste se puede incurrir fácilmente en al-
gún anacronismo, al dar el autor algún salto y
comparar con épocas posteriores.

Los pasajes relacionados con Pedro, que
han tenido diversas lecturas entre las confesio-
nes cristianas, requerirían un buen análisis de
modo que apareciera más fundamentada la
función primacial petrina. Parece como si, por
las fuentes utilizadas, por los asesoramientos
recibidos, o quizá por el deseo de pensar en
lectores de otros grupos cristianos, el rol de Pe-
dro quedara poco destacado, a pesar del papel
principal que tiene en los doce primeros capí-
tulos de las Actas; o los indicios de una posible
estancia de Pedro en Roma, como podrían ser,
entre otros, la referencia a su partida «hacia
otro lugar» (Act 12,17); el tono humilde del
lenguaje de Pablo —quién sabe si por respeto a
Pedro— cuando se dirige a la iglesia romana,
cuya fe es celebrada en todas partes (Rom 1,8);

y, además de antiguas tradiciones, los moder-
nos hallazgos sobre la tumba de san Pedro, en
el Vaticano. Tal vez se podría haber dado más
eco, en este sentido, a los clásicos textos de Ig-
nacio de Antioquía, sobre la presidencia de la
iglesia de Roma; o a la intervención del papa
Clemente, con su epístola, en un tema de la
iglesia de Corintio; o a los criterios de Ireneo
sobre la importancia de las tradiciones que
proceden de la iglesia romana, y que destacan
su *potentiorum principatibus*; y también a
los problemas sobre la fijación de la Pascua; y
a las tensiones que se manifiestan entre el obis-
po de Roma, y Cipriano, el de Cartago, sobre
la readmisión de los renegados en la comunión
eclesial, y la validez de los sacramentos admi-
nistrados por ministros heréticos, dirimidos
por el primero de ellos.

Es una estimable aportación del libro la
descripción del mundo antiguo —en los aspec-
tos religioso, social y político— en que se pro-
duce la irrupción de la fe cristiana. Se ha estu-
diado con especial cuidado el tema de las
persecuciones: de sus causas, y de la actitud de
los cristianos, y se capta, con una atención
afectuosa, su estado de ánimo ante el peligro
mortal que afrontaban, y la sensación de libe-
ración que experimentaron cuando se acabó le-
galmente aquella situación.

El lector que quiera ir a las fuentes, agrade-
cería que, al lado de las citas textuales, se indi-
cara también la procedencia del texto, aunque,
con esto, se haría más incómoda la lectura. Pero
se puede hacer notar que la claridad de la redac-
ción y la corrección del lenguaje contribuyen
también a hacerla grata.

F. Blasi

M.^a Teresa MUÑOZ GARCÍA DE ITURROSPE,
*Tradición formular y literaria en los epitafios
latinos de la Hispania Cristiana, Anejos de
Veleia (Series Minor, 7), Universidad del País
Vasco, Vitoria 1995, 358 p.*

En los últimos veinte años, ha aumentado
vertiginosamente el volumen de la investiga-